

De la entraña

Con este título ha publicado nuestra Corina Rodríguez un librito cordial, íntimo. Véase lo que de él dice Carmen Lyra en el prólogo:

En el umbral

Al tomar en mis manos el original de estas páginas y al recorrer la escritura irregular, he pensado—lleno el espíritu de emoción— en que fueron escritas por una mujer en espera del nacimiento del hijo que se le agita en las entrañas.

Es el mismo apasionamiento revestido de serenidad de los poemas dedicados al hijo en el libro *Desolación* de Gabriela Mistral, en cuya encantadora brevedad tanta influencia parece tener el estilo de Rabindranath Tagore.

Imagino a Corina escribiendo este libro dedicado a su hijito, nerviosa, los ojos brillantes como brasas, la melena quemada nimbándole la frente, bajo cuya nobleza el pensamiento lucha por convertir en luz las sombras que hay dentro de su sér, mientras el corazón se le derrite en el fango de su dolor y se dispone en forma de nido de amoroso plumón para meter dentro a su niño.

Esta criatura lírica y romántica no podía dejar pasar sin contarle, el sentimiento que le despertara la agitación de sus entrañas al modelarle un hijo. Pero no quiso que su canto se deshiciera en el ambiente, sino que permaneciera en el tiempo cual una huella de amor y de esperanza, y así escribió estas páginas.

No sé si el libro tenga defectos: el cariño no es crítico imparcial y por eso me es dado tan sólo, complacerme en sus virtudes: en su sinceridad que me hace pensar en una llama; en su optimismo cristalino como una corriente de agua pura que cante allí, en donde hay guijas que le muerden el alma transparente.

Quisiera ir delante de su paso, preparando los ánimos que lo han de leer, para que le abran las puertas de par en par, con mano cariñosa y sencilla sonrisa. Ya en la intimidad él mismo dirá sus poemas como los trovadores antiguos, y si el dueño de la morada siente lo bello, tendrá que comprenderlo y amarlo.

Y quieran los dioses que aquél a quien fuera dedicado, pueda cumplir el anhelo de su madre:

«Que sus manos, como las de Cristo, sanen heridas, absuelvan y bendigan. Que sus brazos construyan, luchan y venzan con hidalguía. Que cuando se los crucen sobre el pecho, concluida su misión, sean una senda de amor que se cierra para abrirse en la eternidad.»

CARMEN LYRA

Junio de 1928.

Al azar cogemos algunos de estos poemas:

Oración

Dulce Señor, deja que florezca en mí la alegría. Dame un corazón que sea el instrumento de las más generosas acciones.

Purifica mis pensamientos para que el ambiente se llene de armoniosas vibraciones que engendren amor.

Deja que olvide todo lo que pueda turbar mi serenidad, encender odios, o crear pesimismo.

Señor, no permitas que la venganza encuentre campo propicio en mi corazón, ni que para medir mis aceros descienda al plano del lugar común

Ya que por el amor voy a renacer en otro sér, haz que en él florezca mi corazón y que a mí no deba un temperamento melancólico, taciturno ni sombrío.

Perdona mis pecados, dulce Señor, y no le cobres una cuenta que no debe.

Ruego

Señor, dame fuerza para rechazar todo pensamiento sombrío, fe para que confiada en mi destino oriente mi vida y firmeza para mantener el valor de mis convicciones.

No permitas que mi hijo adolezca de melancolía o sea hombre de poca fe. No dejes que le trasmita el más leve temor de desafiar la vida, de descifrar sus enigmas y de conocer sus múltiples aspectos.

Aviva en mí la inconformidad para que mi hijo sea inconforme. No dejes que se pliegue ante lo establecido, ante la fuerza imperiosa de la tradición o de la costumbre.

No dejes que yo le trace caminos; pero dame acierto para adivinar su camino y ser su guía.

Haz que mi brazo se mantenga erecto, con la antorcha en la mano, en espera de su llegada y deja que cuando sus manecitas tiernas la tomen, se llene de luz el sendero que le toque recorrer.

Vanidad

Mi jardín ha amanecido lleno de rosas y a mí se me ocurre que el Señor las ha abierto para que mi hijo goce en su contemplación.

Las montañas se destacan altivas, se yerguen serenas y se perfilan en una atmósfera diáfana, y yo pienso en que mi hijo tenga el gesto osado y magnífico de las cumbres.

La brisa tibia me acaricia, mece mis rosales con maternal gentileza y pone una nota de dulzura en todo lo que toca, y de mi corazón asciende hasta Dios la súplica de que mi hijo sea dulce y afectuoso, y de que sus manos sean misericordiosas, y de que en él se unan, en fraternal abrazo, el valor y la ternura.

El sol fulgura esplendorosamente y yo sueño con el oro de sus cabellos.

Siento un extraño placer

Siento un extraño placer en leer una vez más el libro que leímos juntos, y encontrar-me con los renglones que tú subrayaste.

Siento como una profunda necesidad de evocarte y ponerte muy, muy cerca de mi corazón, para que mi hijo no vea cuántas heridas tiene.

Me deleita oír de nuevo la música que escuchamos juntos, y recoger de ella toda la armonía para tejer con-ella la vida de mi hijo.

¡Cómo me duele que tú no tengas mis inquietudes y que hayas puesto tan poco de tu corazón en la misteriosa vida que llevo dentro de mí, y que voy a recibir tan lejos de ti!

Aun puedo oír tu voz, ver lo que con tanto amor modelé para ti, compañero de mis mejores días, sentir tu presencia y adivinar tus pensamientos, y, sin embargo, te has alejado de mi corazón cuando más cerca debías estar!

Permite que evoque tu recuerdo, y deja que mi hijo encuentre en ti todo lo generoso, lo bueno y lo noble que llevas en lo más recóndito de tu alma.

Deja que se llene de tu optimismo, de tu alegría y de tu fuerza, y que en ti encuentre lo que en mí falta.

A la luz de la luna

Una tras otra van pasando las *chivas*,⁽¹⁾ cargadas de bananos, de frutas o atestadas de pasajeros.

Los niños del pueblo interrumpen el paso, y el chauffer se ve obligado a detenerse repetidas veces a esperar hasta que se disperse el grupo de chiquillos que canta y ríe a la luz de la luna.

Yo evoco el recuerdo de mis días de infancia, y pienso en aquellas noches diáfanas, en que como estos chiquillos, jugaba en la calle, y en que el boyero, no el chauffer, tenía que detenerse mientras nosotros acabábamos de cantar:

«Yo soy la viudita
del conde Laurel,
que quiero casarme
y no hallo con quién».

Y el coro contestaba:

«Pues si eres tan linda
y no hallas con quién,
escoge a tu gusto,
que aquí tienes cien».

Ante mí surge de nuevo, a la luz de la luna, y en la dulce paz campesina, la figurita graciosa y sutil de la chiquilla, que al colocarse en el centro cantaba:

Yo escojo a...
por ser el más bello,
el blanco jazmín
de Mayo y Abril.

Este ir y venir de las *chivas*, a la luz de la luna, trae a mi mente el recuerdo de una infancia feliz.

Por eso me enternece ver jugar a los niños, y pido a Dios, en esta hora de quietud, que bendiga la ronda en que cante mi hijo, en que juegue y ría con los niños, y que su bendición caiga también sobre estos pequeños que han servido de puente entre El y yo.

Deseo

A Carmen Lyra

Que el pecho de mi niño sea noble y que en él no se alberguen las sombras jamás. Que se ofrezca para defender al amigo, para defender el ideal o la causa de su convicción. Que se descubra para que en él se clave el dardo que pueda herir al hermano.

Que sus manos, como las de Cristo, sanen heridas, absuelvan y bendigan. Que sus brazos construyan, luchan y venzan con hidalguía. Que cuando se los crucen sobre el pecho, concluida su misión, sean una senda de amor que se cierra para abrirse en la eternidad.

Mi surco

A Carmen Lyra

Mi surco eres tú. Lo abrí con la sangre, con el alma y con la fe.

Al sembrar en él, sé que planto en un predio del Señor.

Mi surco está lleno de luz. Tú serás una flor de santidad.

Mi surco está empapado en la ternura de una sonrisa, que es lloro de mansedumbre.

Está abierto para llenarlo de perfección.

Que la paz llueva en él y que de lo hondo surja tu espíritu como un árbol perfumado.

Que el peso de los nidos no le doblegue. Que su fronda sepa cubrir, y que en él se alberguen el canto y el amor.

Un precioso librito⁽²⁾, el de Corina, como se ve; lleno de ternura y elevación, sacado de los hondores del alma. — Lo releemos.

Corina Rodríguez de Cornick

(1) Nótese que *chiva* es un camión.
(2) Corina Rodríguez de Cornick: *De la entraña*. 1928. Imp. Lehmann. San José, C. R.